

Tesoros del pasado reciente

Los restos de la Buenos Aires de otras épocas, que aún permanecen escondidos bajo los cimientos de las nuevas construcciones, son el objeto de estudio del arquitecto Daniel Schávelzon, director del Centro de Arqueología Urbana. Jarrones, herramientas, botellas y tantas cosas más: cada uno es una pieza del rompecabezas que describe la forma de vida de los hombres y mujeres que caminaron por la ciudad siglos atrás.

La ruta que transitó Daniel Schávelzon hasta convertirse en el principal arqueólogo urbano de la Argentina —con reconocimientos a nivel internacional— tuvo un pequeño desvío. Su formación comenzó por Arquitectura, ya que la carrera de Antropología en la que pensaba inscribirse había sido cerrada en la segunda mitad de los años '60. Tras su graduación, su vida continuó en Ecuador, donde pasó dos años descubriendo piezas precolombinas, en un contacto inicial con la arqueología. Entusiasmado, continuó en México, un país con larga tradición de cuidado del patrimonio arqueológico. El trabajo con piezas precolombinas dio paso a lo urbano y descubrió objetos pertenecientes a las poblaciones que vivieron en la

antigua capital del Virreinato de la Nueva España, donde hoy se asienta el Distrito Federal.

Al arribar a la Argentina, en 1984, desplegó sus conocimientos para descubrir qué ocultaba Buenos Aires acerca de la forma de vida de sus habitantes pasados. La Reina del Plata es la ciudad donde Schávelzon desarrolló su carrera y fundó el Centro de Arqueología Urbana (CAU), dependiente de la Facultad de Arquitectura de la UBA. No obstante, trabajó también 23 años en el centro histórico y el área fundacional de Mendoza y tuvo intervenciones en otras urbes, como Córdoba y Ushuaia.

Hizo sus primeros trabajos sobre los restos del caserón de Rosas, "un edificio muy significativo que había

quedado en un lugar de fácil acceso, una plaza", cuenta Schávelzon. "Fue casi un experimento y nos demostró que las demoliciones se hacían entonces hasta el nivel del piso, conservando todo el subsuelo, una mina de oro que podíamos investigar".

— ¿Cuál es el destino de los elementos que van encontrando?

— En 2003 se dictó la Ley de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico, que determina que todos los objetos son propiedad pública. El CAU tiene un convenio con el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, por eso concentramos los objetos en la Dirección General de Patrimonio, que resguarda un depósito con distintas colecciones.



— ¿Cuáles fueron los hallazgos más inesperados?

— A veces se cree que un lugar es de bajo potencial y termina convirtiéndose en un verdadero tesoro del que se rescatan 50 mil piezas de alto valor arqueológico. Algunos trabajos pensados para dos o tres días se extendieron por meses. En una obra en construcción en la calle Bolívar al 300, por ejemplo, nos llamaron cuando encontraron una cisterna. Empezamos a excavar y descubrimos cerámica del siglo XVII, que precedía a la cisterna por dos siglos. Eso nos abrió la puerta a una búsqueda que duró cinco años. Para Buenos Aires fue el más extraordinario hallazgo de material de los siglos XVI y XVII y nos dio pistas sobre el contacto entre los indígenas y los europeos.

— ¿Qué objetos lo sorprendieron a lo largo de su carrera?

— Hay una idea de que uno tira algo a la basura y desde ese momento desaparece. Pero todo va a parar a algún lado, donde otra persona lo puede encontrar. Nosotros descubrimos enterrada pornografía de principios del siglo XIX; todo ese mundo de lo erótico es muy sorprendente y estaba vedado, hace 50 años quizás se lo hubiera tapado, pero hoy se lo ve como algo divertido y que habla de las costumbres de las personas de otra época.

— ¿Qué pistas aporta la arqueología urbana sobre el pasado de las sociedades?

— Se adentra fundamentalmente en la vida cotidiana, en lo doméstico.

No nos preocupan las instituciones ni los héroes de la Patria. Lo que nos interesa es saber cuáles fueron las condiciones reales de vida de la gente de aquella época, sobre todo de los esclavos. En Buenos Aires llegó a haber un 35 por ciento de población esclava y se sabe poco de ellos. ¿Cómo vivían? Cuando se escribe la historia hay alguien que revisa documentos y extrae un conjunto de datos que expone en un libro. En cambio, la arqueología es más concreta, porque muestra lo que va encontrando.

— ¿Qué aspectos de la vida de otros siglos pueden advertirse en el presente?

— Previo a la sociedad de consumo, la cultura material era muy reduci-

da. Incluso una familia importante poseía muy pocos objetos, si la miráramos desde una óptica actual. Eran piezas de mejor calidad, pero en menor cantidad. Cuando trabajamos la temática de los juegos de los chicos, las evidencias de su presencia son ínfimas. Encontramos 43 botellas, 35 mil platos, 11 mil bacinillas, pero... ¿dónde están las huellas de los niños? La idea de fabricar objetos para los chicos, desde muñecas hasta bolitas o soldaditos de plomo, pertenece a la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, los chicos siempre jugaron -y acá respondo la pregunta-, sólo que antes lo hacían con objetos de descarte que iban adaptando. Por ejemplo, le rompían una parte de la base a una botella, le ponían el corcho y la sumergían para pescar mojarritas.

— ¿Qué criterio de preservación del patrimonio histórico ha tenido la Argentina?

— Según entendemos hoy, el patrimonio es el correlato material de la identidad de un pueblo. Durante mucho tiempo, se consideró que lo conformaban las obras de arte y los objetos que representaban al grupo social que hacía esa selección, que lo construía a la par de su propia genealogía venerable. Es por eso que los minorías no forman parte del Museo Histórico Nacional. En la lista de monumentos nacionales no había ni un teatro, ni siquiera el Colón, tampoco universidades ni centros de cultura. No estaban las estaciones de ferrocarril a las cuales llegaron los inmigrantes y si figuraba un vagón donde había viajado Nicolás Avellaneda.



Vinagrera francesa de mayólica con la marca del fabricante, fines del siglo XVIII